

grafía, tipología en la medida en que pueda determinarse la dirección de la secuencia, análisis del flúor); métodos geocronológicos como los relacionados con las glaciaciones del Pleistoceno, las varves, la dendrocronología y la "guano-cronología" (éstos de aplicación local y limitada), el análisis del polen y la "molusco-cronología" hasta ahora sólo utilizada por R. Lais. Notamos algunas inexactitudes como la superada fecha de 4750 a. J. C. de Jarmo y ubicación demasiado tardía de Samarra y de Sesklo en el cuadro de p. 181, y una omisión: el estudio de las capas volcánicas (aplicado con éxito por Auer en la Patagonia), modernamente llamado "tefrocronología". La llamada cronología absoluta se basa ante todo en la cronología histórica —cuyos diversos sistemas el autor comenta detalladamente—, con la cual puede ensamblarse la Prehistoria más reciente y las culturas en contacto con aquéllas; y en la astronomía referida también a períodos históricos. Para épocas más antiguas, la astronomía ha sido utilizada de acuerdo a una "curva de intensidad de irradiación solar" determinada por Milankovich, que sin embargo se contradice —para la última glaciación— con las fechas radiocarbónicas. Pero también este último método es visto con cierta reticencia por Potratz, influido sin duda por las célebres críticas de Milojcic (1957).

La cuarta parte se dedica a una caracterización más intensiva de la Arqueología Prehistórica. Se señala su vinculación inicial con el pensamiento naturalista y evolutivo, y también —conviene recordarlo— con la etnología "progresista" unilineal. Se señala la importancia del método cartográfico o corológico (la "Siedlungsarchaologie" de los primeros en aplicarla), basada en la realidad histórica del *tipo*, en cuyo carácter único e irrepetible insiste el autor. Capítulo especial se dedica a la tecnología y economía prehistóricas. El libro finaliza con acertadas consideraciones sobre conservación y defensa de las antigüedades en su aspecto legislativo y práctico —problema casi insoluble—; los museos y las restauraciones, y las copias, falsificaciones y el comercio de antigüedades: otro tema que mortifica grandemente a los arqueólogos profesionales. Aspectos éstos poco tratados en otros manuales de Prehistoria. Una tabla cronológica de descubrimientos señala en especial los trabajos alemanes, faltando en cambio algunos de importancia como el descubrimiento y primer estudio de las cavernas de Font de Gaume y Les Combarelles (1901), las excavaciones inglesas en el Monte Carmelo (1930-33), y el hallazgo de los rollos del Mar Muerto a partir de 1947. La bibliografía, amplia y minuciosamente consignada después de cada acápite, adolece de lo mismo que precisamente los europeos suelen reprochar a los norteamericanos: citar casi con exclusividad obras del propio país o idioma. Cabe, por fin, consignar nuestra extrañeza —dado el "nacionalismo lingüístico" atribuido a los alemanes— ante la abundancia de latinismos utilizados en el texto.

Los pequeños detalles apuntados no afectan la alta calidad de este libro.

JUAN SCHOBINGER

HUXLEY, Thomas Henry: *Zeugnisse für die Stellung des Menschen in der Natur*.

Introducción y nueva traducción por Gerhard Heberer. 181 pp., con un retrato y 32 figuras. Ed. Gustav Fischer. Stuttgart, 1963.

Como otros estudiosos, Gerhard Heberer, el más importante paleoantropólogo-

go alemán de la actualidad, se ha ocupado a raíz del centenario del "Origen de las Especies" de Darwin de revivir aquel hecho y valorarlo en sus implicaciones y su estado actual. (Cfr. *Darwin. 100 Jahre Evolutionsforschung*. Dir. por G. Heberer y F. Schwanitz. Ed. G. Fischer. Stuttgart, 1959; G. Heberer: *Charles Darwin. Sein Leben und sein Werk*. Kosmos, Gesellschaft der Naturfreunde 80 pp. Stuttgart, 1959). Pero en rigor, la fecha básica, el verdadero centenario de la ciencia paleoantropológica corresponde a 1963, y ha merecido la atención preferente de dicho investigador. "El año 1863 tiene para la Antropología, la ciencia del Hombre, una particularísima significación histórica", comienza diciendo en la introducción a la obra reseñada, la que complementa a otra más amplia que no ha llegado a nuestras manos (G. Heberer y colaboradores: *Ein Jahrhundert menschliche Abstammungslehre*. 1963). Y es que, por una de esas casualidades que poseen un sentido más profundo (recordar el triple redescubrimiento de las Leyes de la Herencia en 1900), en dicho año "se publican cuatro importantes trabajos, que por primera vez encaran científicamente el problema del origen del hombre, en forma tal que hoy día, después de un siglo de investigación antropológica, no podemos menos que admirar la labor de aquellos viejos pioneros" (p 1).

El presente libro consiste fundamentalmente —como lo dice el título— en una nueva versión alemana del más importante de esos cuatro trabajos, el de Thomas H. Huxley titulado en inglés "Evidences as to man's place in nature" (Evidencias respecto a la posición del hombre en la naturaleza). Para ello Heberer realizó una amplia revisión de la traducción hecha ya el mismo año de su aparición por Víctor Carus. Su lectura es aún hoy de indudable provecho científico, y de interés para conocer la historia de la investigación primatológica (contenida en el primer capítulo, "Sobre la historia natural de los monos antropomorfos", y además, leído *sub specie* del siglo pasado (y de la Era Victoriana!), un notable documento de valentía moral y científica. La demostración clásica de la inexactitud del término "quadrumana", y de que, en todos los detalles anatómicos "las diferencias que separan al hombre del gorila y del chimpancé no son tan grandes como las que separan al gorila de los monos inferiores" (es decir, los no-póngidos), se halla contenida en el capítulo segundo. Al final del mismo se sugiere, con toda prudencia, que existiendo ahora una hipótesis causal del proceso evolutivo ("que, si no responde exactamente a la verdad, representa una gran aproximación a la misma") como lo es la de Darwin, no había razón para no aplicarla al hombre. "Ante el hecho de las íntimas relaciones entre el hombre y el resto del mundo animado, y entre las fuerzas que actúan en éste y todas las demás del Universo, no veo razón para dudar de que todas son sólo formas coordinadas de manifestación del gran progreso de la Naturaleza, de lo informe a lo formado, de lo inorgánico a lo orgánico, del instinto ciego a la voluntad y razón consciente" (p. 142). Se dice que esto es materialismo, pero cuánta aire de familia esta expresión con lo que —sobre bases indudablemente más amplias— nos dice en nuestra época un Teilhard de Chardin, cuya religiosidad nadie pondría en duda... Nos hacen meditar los últimos párrafos, en que el autor rechaza la idea que se le ha atribuido, de que el hombre sea, *ahora*, un mero animal, y la pretendida imposibilidad de conciliar el origen animal del hombre con la idea de su *dignidad*. Por el contrario, son los animales quienes a su

modo participan en mayor o menor grado de la profunda dignidad de lo viviente.

El capítulo tercero y último se dedica a dar noticia y comentar los dos hallazgos para él seguros de restos fósiles humanos por entonces conocidos: Engis y Neandertal. (Sobre esto puede verse: J. Schobinger, *A cien años del nacimiento de la antropología prehistórica*, Rev. de la Universidad de Buenos Aires, 5ª época, Año V, N° 1, 1960; ver pp. 91-109). Su comparación con cráneos modernos y de animales lo lleva a la conclusión, sorprendentemente "moderna", de que el Neandertal de ningún modo corresponde a un ser intermedio entre hombre y mono, sino que no se halla muy lejos de ciertos cráneos australianos de bóveda baja, así como de otros de estructura maciza de la Dinamarca prehistórica. (Sólo al año siguiente King lo clasificó como *Homo neandertalensis*, o sea como representante de una especie distinta. Hoy, con una cincuentena de hallazgos de este tipo, tendemos a volver a la idea de que, en realidad, forma parte de la especie *Homo sapiens*).

Realza el valor de esta edición en cuanto documento de la historia de la ciencia, la extensa introducción de Heberer (pp. 1-53), en la que no sólo caracteriza a la figura y la obra de Huxley, sino que comenta a los otros tres autores citados y transcribe partes de esas obras. Uno es Charles Lyell, el importante precursor geológico de Darwin: "Evidencias geológicas de la antigüedad del hombre". Otro es Carl Vogt, profesor por entonces en Ginebra, quien influyó por Darwin y por el mismo Huxley publica a fines de ese año unas "Conferencias sobre el Hombre, su lugar en la Creación y en la historia de la Tierra". En realidad, es más un apasionado divulgador, de menor vuelo de pensamiento que los otros, incluido su contemporáneo, también alemán, Ernst Haeckel. Vogt era polifiletista, y entre otros errores creía que la microcefalia era una formación atavística. Planteó en forma más clara la probable existencia, en el Terciario, de un antecesor primate del hombre. Haeckel, joven por entonces de 29 años, pronunció en un congreso en septiembre de 1863 un comentario aprobatorio de las ideas de Darwin. Ya se insinúan entonces sus ideas antropogenéticas posteriores. También conocía las "Evidencias" de Huxley, con quien lo unía profunda amistad científica.

Util e interesante es esta conmemoración del centenario del nacimiento de la Filogenética humana o Antropogonía. Valdría la pena confeccionar una edición similar en castellano.

JUAN SCHOBINGER

WEIN, Erwin J., y OPIFICIUS, Ruth: *7000 Jahre Byblos*. Ed. Hans Carl. 56 pp. y 68 láminas fotográficas. Nuremberg, 1963.

A través de este hermoso libro, percibimos que no es casualidad la derivación del nombre del libro máximo de nuestra civilización de la ciudad fenicia *Gebal* (pasando por su versión helenizada *Byblos*). Si el área siro-palestinese fue, dentro del Cercano Oriente, zona de entrecruzamiento de las influencias cul-